LA TARDE EN AZALEAS

POR

FERNANDO QUIÑONES

Rodrigo era pobre, pero hay que preguntarse si es que hay algún rico de verdad. Rodrigo era perfectamente rico y su riqueza consistía en su edad.

Al mediodía, cuando el sol se ha caído sobre todas las cosas como una montaña de acero, las cigüeñas pasan y pasan. Se paran en los campanarios de San Telmo, de San Juan Bautista, de La Trinidad, y traquetean sus largos picos colorados. En el pueblo no hay nadie, no hay más que la sombra de las cigüeñas yendo y viniendo en silencio sobre el río puerco y los patios enjalbegados. Rodrigo las miraba con la boca abierta. Al mediodía, cuando el verano se ha echado sobre el pueblo como una fiera enferma, todo el mundo se ha acostado, se ha encerrado o se ha ido al campo. Pero a los seres libres que sólo tienen doce años les da igual. Pueden caminarse la solanera. Pueden espiar por una ventana, asombradamente, a un hombrón del pueblo durmiendo en su cama con una pequeña niña también dormida sobre su pecho como sobre un colchón sudoso que sube y baja. Pueden recorrer veinte, treinta leguas por el campo, pinchándose en los cardos, tropezando en las pitas, hasta acabar cayéndose muertos, en cuyo caso tampoco les habrá ocurrido gran cosa a sus almas de doce años.

—Mi niño, mi niño.

Rodrigo tenía su casa en la capital, a veintidós kilómetros, y estaba pasando doce días del verano enorme con la abuela del pueblo:

—Mi niño, mi niño.

La ciudad de Rodrigo estaba dentro del mar, pero hasta el pueblo, por canales agostados, por marismas y lagunas junto a las que se levantaban las pirámides de la sal, aún llegaba el olor del mar y sus pescados.

Los mendigos de carretera suele ser gente amable. Rodrigo era amigo de siete, aunque a seis de ellos no los había visto más que una vez. El séptimo, a la segunda, le convidó a comerse en una taberna una cola cruda de lagarto mojada en un vaso de vino blanco, cuyo fondo se enturbiaba con el barrillo que soltaba el

gran rabo verde. Sucede, y a quien le pique que se resigne, que los mendigos de carretera y los seres libres de doce años pueden morder, masticar y tragarse trozos de cola cruda de lagarto mojados en un vaso de vino sin sentir más que una pura y recóndita alegría por todas las telas de su cuerpo.

—Niño, loco, ¿te irás otra vez a Azaleas esta tarde?

Rodrigo se había pasado media mañana explorando tejados, que es un noble y provechoso modo de vivir y de ver cosas. La abuela gorda gritaba «¡se mata, Santa Ana!» y luego cacareaba blandamente al verlo volver. Todos eran pobres. Todos lo somos si bien se mira, benditos sean Santa Ana, San Telmo y sus bandos de cigüeñas canijas. Luego había para Rodrigo una sopa de pan y de yerbabuena, dos huevos fritos y algo de carne y tocino fríos de la noche anterior. Rodrigo se lo comió todo en diez minutos y la abuela, al acabar, se fué para él, sujetándolo a la silla con sus fuertes manos viejas, y le empujó un vaso de leche por la garganta abajo.

—Mi niño, mi niño.

* * *

Sobre el mediodía, en un pueblo andaluz, mientras repasan el cielo las cigüeñas y el río se arropa en sus fangales, un ricachón de doce años, con el sabor del ultimo trago de leche empujada en su boca, se echa a la calle, enciende medio pitillo Tritón *y toma el camino de la Alameda y el río. Va a la finca de Azaleas. Todo a su alrededor calla. El niño salta en el Puente Nuevo, de precario estilo veneciano, aspira ávidamente la peste del río y remonta la ribera de álamos. Deja a un lado la calle de Francisco Montes y tira para la carretera de Medina Sidonia, con todo el pueblo desmayado en la siesta:*

—Santa Ana, ¿adónde irá ese niño con este solazo?

* * *

Junto al mercado desierto gruñía reculando un camión pequeño y gris. Rodrigo vió el camión y toda la calle empinada y con árboles que tenía que remontar para dar en la carretera. De los patios, blancos y soleados hasta el malestar, irrumpía hacia la calle un denso y parado olor a flores. Rodrigo miró por el callejón de Salsipuedes. En el fondo de la cuesta del callejón aparecían los cañares del río y la muerta corriente marrón. Al salir del

pueblo, tres gorriones piaban saltando en la carretera y luego estaban las distancias de llanos y colinas, ciegos en la luz de las tres. Un hombre con dos mulas salía también del pueblo por otra calle y alcanzó a Rodrigo cuando él tuvo que entretenerse acuclillado en la cuneta de la carretera. Se alejaba el son del paso de las mulas y Rodrigo corrió para ir con el mulero, que llevaba un pisar como los que vienen de ver el mundo. Corrió y corrió apretándose el cinturón, como si hubiera visto al Arcángel Gabriel. O a Santa Ana

—¿Me monto?

El hombre dijo «trrrréa», paró a las mulas y le ayudó a subirse a la más alta, que volvía la cabeza hacia el pueblo. El mulero era bajito. Tenía una mano recien vendada y la cara negra del viento del campo, con dos ojos redondos y bruñidos como cristales. La mula era muy ancha y Rodrigo la montó bien empernacado hasta que le pareció que se iba rajar por las piernas. Se echó al suelo y caminó junto al hombre.

—Si tuviera un cigarro se lo daría a usted—le dijo.

—Muuuúla. Pero no lo tienes. ¡Jiá, mula!

Allí estaba ya la entrada de Azaleas. Rodrigo no tenía más que bajar la cuesta de la finca, bajo la sombra madre de las higueras, para ver a las tres muchachas y a doña Carola. Azaleas era un pago de tierra con unas fanegas de viñedos, unos árboles frutales, una playita de barro negro en la orilla del río miserable, todo ranas, tres perros, dos gatos, once pájaros enjaulados y cincuenta visitándolos, la casa en donde todo venía estrecho, las tres muchachas con sus hermosos cuerpos, el novio de la mayor atravesando los crepúsculos en su bicicleta y doña Carola, la madre.

Todo el campo olía con desesperación y Rodrigo voló por la honda cuesta sombreada, hacia la casa. La hermana pequeña estaba cosiendo junto al pozo y Rodrigo se arrastró acercándosele en silencio por los tomillares y las calvas de tierra, pero uno de los perros levantó la cabeza y se fué para él saltando. La hermana pequeña miró.

—¡Quién está aquí!

La madre salía ya de la casa en pantuflas.

—Hola, Rodriguito. ¿Y la abuela?

Venían las otras dos hermanas.

—Está muy bien—dijo él mirando al interior de la casa.

Ninguna podía gustarle tanto. Era dormitorio, almacén, silo de labranza, comedor y sala de estar, todo en la única habita-

ción. De las vigas pendían racimos de uvas pasas y la casa, junto a la boca fresca del pozo, despedía un olor a fruta, a humanidad sudada, a mosto nuevo y a papel antiguo. Si había dentro más de tres personas tenían que sentarse dos sobre las camas, echando la mesa a un lado. La familia había estado bien y a la muerte del padre había empezado a sufrir y a perder tierras hasta que tuvieron que recogerse en Azaleas, lo último que les quedaba. La señora Carola, la madre, era alegre. Alguna vez bajaba los ojos batallados:

—Canallas, canallas...

De las tres morenas, la mayor tenía un novio en bicicleta y veinticinco años; la segunda, diecinueve, y la menor, con su pelo quemado y sus brazos oscuros, quince. La madre les decía siempre que Rodrigo había leído de corrido con tres años. Pero esto no importaba porque ahora tenía doce y conocía un sinfín de novelas, películas y canciones modernas. Todos se amaban con gran sencillez y perfección. Rodrigo, sin esperar más, se sentó otra vez a cantarles y todos escucharon. Este era su modo de saludar. La hermana mayor estaba junto a él.

—Canta No sé qué tienen tus ojos.

—Canta A las doce en punto.

—Canta Doña Sol.

—No debías fumar, Rodri. Te echas a perder esa voz.

El sol caldeaba la madreselva y Rodrigo cantó con alma, sentimental y blando como la tarde en Azaleas. Extendía la voz morosamente, sin dejarse los compases iniciales de la canción, lánguidamente imitados y seguidos de una atenta pausa.

El vino en un barco
de nombre extranjero,
lo encontré en el puerto
una - no - che - cer.

Al final, la hermana mayor se secaba una lágrima y sonreía, y Rodrigo empezó en seguida A las doce en punto. *Miraba a los ojos de la hermana mayor, que los bajaba al suelo para volver a subirlos inmediatamente hasta los de Rodrigo.*

A las doce en punto
vienes a mí.

Luego corrieron entre las viñas, bajo el sol, y Rodrigo pudo

besar de prisa y limpiamente a la hermana mayor y también a la pequeña. El río estaba devorado por la estación y un toro colorado pastaba en la otra orilla.

—Rodri, que tengas cuidado con el río.

—Que trae mucha porquería de por ahí.

—Que el año pasado se ahogaron tres en La Herradura.

Rodrigo entraba a galope en el río, viviendo una centelleante carga fluvial de caballería. Rodeado de espadas, de mosquetes, de pistolas adversarias, entre nubes de enemigos y de flechas, gritó y peleó dignamente, invenciblemente, mientras las tres muchachas le miraban embebidas. A la vuelta, de espaldas al sol, lleno de barro apelmazado en la cabeza y en los pantalones, la madre cruzó al verlo las manos, levantando los ojos al cielo.

—Dios mío, a ti te pasa lo peor el día menos pensado, y luego ¿qué le digo a la abuela, di?

Los pantalones y la camisa, puestos a secar detrás de la casa, se movían con la brisa de la tarde. Ahora estaban cantando todos los pájaros, y la madre sacó para Rodrigo un traje de la hermana mayor, blanco con lunares amarillos, y a él le gustó estar dentro de algo que ella se ponía mientras el valle se iba llenando de silencio y todos estaban sentados bajo la luz caediza del día y Rodrigo imitaba a una artista brasileña, desnudándose un hombro y cantando y guiñando hasta matarlas de risa y le daban vueltas mirándolo por todas partes con el traje de mujer y las grandes botas llenas de barro seco.

—A las doce en punto.

—Un fandanguillo de Almería, anda.

Y él empezaba con el caballo que a treinta pasos corre, trota y galopea.

A todo esto estaba el sol echándose y el verano mediando, bajo la paz de Dios, y al otro lado de las colinas, río arriba, en el pueblo, no iban a tardar en encenderse las bombillas primeras.

Fernando Quiñones.
Ciudad del Pino, 12 (Peñagrande).
MADRID.